



JOHN SCALZI

REDSHIRTS

minotauro

JOHN SCALZI

Redshirts

minotauro

Redshirts

© John Scalzi, 2012

Publicado originalmente como *Redshirts*

Los derechos morales del autor han sido respetados

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2014 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Miguel Antón, 2014

Diseño de cubierta de Cover Kitchen

ISBN: 978-84-450-1483-7

Depósito legal: B. 2444-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

El alférez Andrew Dahl miró por la ventanilla de Muelle Tierra, la estación espacial de la Unión Universal situada sobre el planeta Tierra, y contempló su nuevo destino.

Contempló el *Intrepid*.

Dahl se volvió para mirar a la joven, vestida con uniforme de alférez, que también observaba la nave.

—Es ése —confirmó Dahl.

—El *Intrepid*, buque insignia de la Unión Universal —dijo la joven—. Construido en 2453 en Muelle Marte. Buque insignia de la Unión Universal desde 2456. Primer capitán Genevieve Shan. Lucius Abernathy está al mando desde 2462.

—¿Es la guía turística del *Intrepid*? —preguntó Dahl con una sonrisa.

—¿Y usted? ¿Es un turista? —preguntó la joven, devolviéndole el gesto.

—No —respondió Dahl, tendiéndole la mano—. Andrew Dahl. Me han asignado al *Intrepid*. Estoy esperando la lanzadera de las 15.00.

La joven le estrechó la mano.

—Maia Duvall —se presentó—. También me han destinado al *Intrepid*. Y también estoy esperando la lanzadera de las 15.00.

—Qué coincidencia —dijo Dahl.

—Si a usted le parece una coincidencia que dos miembros de la Flota Espacial esperen en una estación la llegada de la lan-

zadera de una nave espacial estacionada ante el acceso de lanzaderas, adelante —contestó Duvall.

—Bueno, dicho así... —dijo Dahl.

—¿Qué hace aquí tan temprano? —preguntó Duvall—. Apenas son las doce. Pensé que sería la única que esperase la lanzadera tan pronto.

—Estoy nervioso —confesó el alférez—. Es mi primer destino.

Duvall lo miró de arriba abajo, con la duda en la mirada.

—Ingresé en la Academia unos años más tarde de lo normal —explicó.

—¿Por qué?

—Es una larga historia.

—Hay tiempo —dijo Duvall—. ¿Qué le parece si almorzamos juntos y me lo cuenta?

—Hmm. Estoy esperando a alguien. Una amistad a quien también han asignado al *Intrepid*.

—El comedor está ahí mismo —indicó Duvall, señalando la hilera de puestos que se distribuía por el amplio corredor—. Envíele a él o a ella un mensaje. Si por lo que sea no lo lee, siempre podremos verlo desde aquí. Vamos, anímese. Las bebidas corren de mi cuenta.

—Ah, bueno, en ese caso... —dijo Dahl—. Si rechazase una bebida gratis me echarían a patadas de la Flota Espacial.

—Me ha prometido una larga historia —le recordó Duvall tras servirle la comida y la bebida.

—Yo no he prometido tal cosa —respondió Dahl.

—La promesa iba implícita —protestó la joven—. Además, acabo de pagarle la consumición. Por tanto me pertenece. Por tanto entreténgame, alférez Dahl.

—Vale, de acuerdo —concedió—. Entré en la Academia tarde porque pasé tres años estudiando en el seminario.

—De acuerdo, eso es moderadamente interesante.

—En Forshan —continuó Dahl.

—Muy bien, eso posee un intenso interés. ¿Es sacerdote de la religión de Forshan? ¿Qué cisma?

—El situado más a la izquierda, y no, no soy sacerdote.

—¿No podía soportar lo del celibato?

—A los sacerdotes de más a la izquierda no se les exige cumplir el celibato —explicó Dahl—, pero teniendo en cuenta que yo era el único ser humano del seminario, supongo que podría decirse que me venía impuesto.

—Hay gente que no se habría dejado disuadir por eso.

—Nunca ha visto de cerca a un seminarista de Forshan —dijo Dahl—. Además, no me van los xeno.

—A lo mejor es que aún no ha conocido al xeno adecuado —dijo ella.

—Prefiero a los humanos. Ya ve que soy muy convencional.

—Convencional —repitió, juguetona, Duvall.

—Y usted acaba de hacerme revelar mis preferencias personales en un tiempo récord —comentó Dahl—. Si es tan directa con un desconocido, no quiero imaginar cómo será con alguien a quien conoce desde hace tiempo.

—Ah, no soy así con todo el mundo —aseguró Duvall—. Pero ya puedo decir que me gusta usted. O sea, que no es sacerdote.

—No. Técnicamente mi situación es la de «penitente extranjero» —dijo Dahl—. Obtuve permiso para efectuar un curso entero de estudio y realizar algunos ritos, pero existían ciertos requisitos físicos que no hubiese sido capaz de realizar para recibir las órdenes.

—¿Cómo por ejemplo? —quiso saber Duvall, curiosa.

—La autoimpregnación, para empezar —respondió el alférez.

—Un pequeño pero relevante detalle —admitió Duvall.

—Menudo interés el suyo por el celibato —dijo Dahl, apurando a sorbos la copa.

—Si no tenía pensado convertirse en sacerdote, ¿por qué asistió al seminario?

—La religión de Forshan me parecía muy sosegada —ex-

plicó—. Eso me atraía cuando era más joven. Mis padres fallecieron cuando era pequeño, y me dejaron una modesta herencia, así que la utilicé para contratar tutores que me enseñaran la lengua, antes de viajar a Forshan y dar con un seminario que me aceptase. Tenía planeado quedarme para siempre.

—Pero no lo hizo —dijo Duvall—. Obviamente.

Dahl esbozó una sonrisa.

—Pues no. Si bien la religión de Forshan era sosegada, las guerras religiosas de Forshan no lo eran tanto.

—Ah. Pero ¿cómo pasa uno de ser un seminarista de Forshan a graduarse en la Academia?

—Cuando el Doble U se dispuso a mediar entre las facciones religiosas de Forshan, necesitaron un intérprete y yo estaba en el planeta —explicó Dahl—. No hay muchos humanos que hablen más de un dialecto de Forshan. Yo conozco los cuatro más importantes.

—Impresionante —exclamó ella.

—Se me da bien la lengua —dijo Dahl.

—Vaya, ¿y ahora quién de los dos no se anda con tapujos?

—Después del fracaso de la misión de la Doble U, aconsejé a todos los no nativos abandonar el planeta —continuó el alférez—. El negociador jefe de la Doble U dijo que la Flota Espacial andaba necesitada de lingüistas y científicos, y me recomendó para una vacante en la Academia. A esas alturas, de mi seminario no quedaban ni las cenizas y no tenía a donde ir, ni dinero para viajar por mucho que hubiese habido un lugar al que ir. La Academia me pareció la mejor estrategia de salida. Pasé cuatro años allí estudiando xenobiología y lingüística. Y aquí me tiene.

—Es una buena historia —dijo Duvall, que hizo el gesto de brindar por él.

Brindaron con tintineo de cristal.

—Gracias —respondió—. Me alisté como soldado para los pacificadores de la Doble U. Pasé un par de años en eso y luego me trasladaron a la Flota Espacial hace tres años. Estaba destinado en el *Nantes* cuando llegó la orden de traslado.

—¿Un ascenso?

—No exactamente —dijo él con una sonrisa torcida—. Sería mejor llamarlo un traslado debido a conflictos personales.

Antes de que Dahl pudiera aportar más detalles su teléfono emitió un zumbido. Después de sacarlo leyó el texto del mensaje.

—Bobo —dijo, sonriendo.

—¿Qué pasa?

—Espere un momento —le pidió Dahl, que se volvió en el asiento para saludar con la mano a un joven que estaba de pie en mitad del corredor de la estación—. Eh, Jimmy, estamos aquí —dijo, levantando la voz.

El joven se volvió hacia él, sonriente, respondió al saludo y echó a andar hacia ellos.

—Supongo que es el amigo al que estaba esperando —dijo Duvall.

—El mismo. Jimmy Hanson.

—¿Jimmy Hanson? ¿Está emparentado con James Hanson, el director y consejero general de Industrias Hanson?

—James Albert Hanson IV —contestó Dahl—. Es su hijo.

—No se quejará.

—Podría comprar esta estación espacial con la pensión paterna —siguió Dahl—. Pero no es de éstos.

—¿A qué se refiere?

—Eh, tíos —saludó con menos formalidades Hanson cuando finalmente llegó a la mesa. Miró a Duvall, a quien tendió la mano—. Hola, soy Jimmy.

—Maia —se presentó ella, estrechándole la mano.

—Una amiga de Andy, ¿eh?

—En efecto —respondió ella, sonriente—. Desde hace media hora.

—Genial —dijo Hanson, que también sonrió—. Nuestra amistad se remonta un poco más en el tiempo.

—Ya lo supongo.

—Voy a por algo de beber —anunció Hanson—. ¿Os apetece algo más? ¿Queréis que pida otra ronda?

—Por mí no, gracias.

—Yo podría tomarme otra —aceptó Duvall, sacudiendo el botellín, que estaba prácticamente vacío.

—¿Tomarás lo mismo? —preguntó Hanson.

—Vale.

—Genial —exclamó Hanson, que juntó las palmas de las manos dando un sonoro aplauso—. Bueno, vuelvo en seguida. Guardadme el asiento, ¿vale?

—Cuenta con ello —dijo Dahl mientras Hanson se alejaba en busca de comida y bebida.

—Parece majó —dijo Duvall.

—Y lo es.

—No tiene una personalidad compleja.

—Pero sí otras cualidades.

—Como invitar a unas rondas.

—Claro, pero yo no estaba pensando en eso —dijo Dahl.

—¿Te importa que te haga una pregunta personal? —preguntó ella, adoptando el trato menos formal que había utilizado el recién llegado.

—Teniendo en cuenta que ya hemos cubierto mis preferencias sexuales en nuestra anterior conversación, no.

—¿Eras amigo de Jimmy antes de saber que su padre podía comprar uno o dos planetas enteros? —preguntó Duvall.

El alférez se tomó un respiro antes de responder.

—¿Sabes en qué se diferencian los ricos de ti y de mí? —preguntó a la joven.

—Aparte del dinero que tienen, quieres decir.

—Ajá.

—Pues no.

—Lo que los diferencia, al menos a los listos, es que tienen intuición a la hora de valorar qué motiva a los demás a acercarse a ellos. Si eso se debe a que quieren ser sus amigos, lo cual no tiene que ver con la proximidad al dinero y el acceso al poder, o si quieren formar parte de su séquito, que sería todo lo contrario. ¿Me sigues?

—Claro —dijo Duvall.

—De acuerdo. A lo que iba. Cuando Jimmy era más joven,

comprendió que su padre era uno de los hombres más ricos de la Doble U. Entonces reparó en que algún día también él lo sería. Después llegó a la conclusión de que habría mucha gente que intentaría utilizar ambas cosas para su propio beneficio. Finalmente decidió evitar a esa gente.

—Entendido —concluyó Duvall—. Jimmy sabría si eres amable con él sólo por ser su padre quien es.

—Fue realmente interesante observarlo durante nuestras primeras semanas en la Academia —dijo Dahl—. Algunos de los cadetes, y algunos de nuestros instructores, intentaron congraciarse con él. Creo que los sorprendió lo rápidamente que los caló. Había tenido tiempo suficiente para que se le diera extraordinariamente bien calar a la gente. No tuvo otro remedio.

—¿Y cómo te acercaste a él? —quiso saber la alférez.

—No lo hice —explicó Dahl—. Fue él quien se me acercó y empezó a hablar conmigo. Creo que se dio cuenta de que no me importaba quién era su padre.

—Todo el mundo te adora —dijo Duvall.

—Bueno, eso por un lado, y por otro estaba sacando excelentes en un curso de biología que a él no se le daba precisamente bien. Que Jimmy sea muy selectivo con sus amistades no quiere decir que no sepa moverse por interés.

—Parecía dispuesto a tratarme como una amiga —observó Duvall.

—Eso se debe a que cree que tú y yo lo somos, y porque confía en mí —explicó Dahl.

—¿Lo somos? Amigos, me refiero.

—Te veo algo más acelerada de lo que suele gustarme —dijo Dahl.

—Ya, no creas que no he pillado ese aire tuyo a «me gusta que reine la tranquilidad».

—Entiendo que a ti eso no te va.

—A veces duermo y todo. Pero en general, no.

—Imagino que tendré que acostumbrarme.

—Imagino que tendrás que hacerlo.

—Traigo bebidas —anunció Hanson, que se acercó por detrás de Duvall.

—Vaya, Jimmy, eso acaba de convertirte en mi persona favorita del mundo —dijo Duvall.

—Ah, excelente. —Hanson ofreció un botellín a la joven, ante sentarse a la mesa—. A ver, ¿se puede saber de qué estabais hablando?

Justo antes de que atracara la lanzadera, se personaron en la sala de espera dos personas más. Para ser más exactos, fueron cinco: dos tripulantes, acompañados por tres miembros de la policía militar. Duvall dio sendos codazos a Dahl y Hanson, que volvieron la vista. Uno de los tripulantes reparó en ello y enarcó una ceja.

—Sí, qué pasa, llevo séquito —dijo.

Duvall lo ignoró y se dirigió directamente a uno de los policías, una mujer.

—¿Qué ha pasado?

La policía militar señaló con una inclinación de cabeza al tipo que había enarcado la ceja.

—Varios cargos para éste, incluido uno por contrabando, venta de material de contrabando y agresión a un superior. —Seguidamente, señaló al otro tripulante, que permanecía de pie con expresión hosca, evitando establecer contacto visual con los presentes—. Ese pobre desgraciado es su amigo, y su relación es el motivo de que esté aquí.

—La acusación de agresión es un camelo —dijo el primer alférez—. El oficial ejecutivo estaba tan colgado que parecía el adorno de un árbol de navidad.

—Eso fue debido a las drogas que tú le diste —añadió el otro tripulante, que siguió sin levantar la vista.

—Nadie puede demostrar que yo se las diera, y además no eran drogas —se defendió el otro—. Eran setas de otro mundo. Y eso no pudo ser la causa. Las setas relajan a la gente, no la empujan a agredir a cualquiera que esté presente en la sala hasta el punto de forzarlo a defenderse.

—Le dio xeno-pseudoagaricus, ¿no? —preguntó Dahl.

El primero de los tripulantes lo miró con atención.

—Como acabo de decir, nadie puede demostrar que diera nada al oficial ejecutivo —dijo—. Pero tal vez.

—El xeno-pseudoagaricus produce de forma natural una sustancia química que en la mayoría de los seres humanos tiene efectos relajantes —explicó Dahl—. Pero en la décima parte del uno por ciento de la población causa precisamente el efecto contrario. Los receptores de su cerebro presentan ciertas diferencias respecto al patrón habitual, y cerca de la décima parte del uno por ciento adopta un comportamiento irracionalmente violento de resultados de la ingestión. Por lo que cuentan, parece que su oficial ejecutivo es una de estas personas.

—¿Quién es usted, sabio entre los sabios en materia de hongos alienígenas? —preguntó el tripulante.

—Alguien lo bastante listo para saber que, sin importar las circunstancias, nunca se trafica con quien te supera en la cadena de mando —respondió Dahl.

El tripulante esbozó una sonrisa torcida.

—Entonces, ¿por qué no los han metido en una celda? —quiso saber Duvall.

—Pregúnteselo a su amigo el listo —dijo el tripulante, señalando a Dahl.

Duvall se volvió hacia él, pero el alférez se encogió de hombros.

—El xeno-pseudoagaricus no es ilegal —aventuró Dahl—. Lo que pasa es que no es muy buena idea ingerirlo. Tendría que interesarte el estudio de la xenobiología o los potenciadores alienígenas que técnicamente no están prohibidos, posiblemente con miras emprendedoras.

—Ah —dijo Duvall.

—Si tuviera que aventurar una hipótesis —añadió Dahl—, imagino que aquí el amigo...

—Finn —dijo el tripulante, que inclinó la cabeza para señalar al compañero y añadir—: Ése de ahí es Hester.

—Como iba diciendo, aquí el amigo Finn se labró la repu-

tación en su último destino de ser el tipo que se encargaba de conseguirte la clase de sustancias que pasan desapercibidas en un test de orina.

Hester resopló al oír aquello.

—También supongo que probablemente su oficial ejecutivo no quiera que se sepa que estaba tomando drogas...

—Hongos —puntualizó Finn.

—Lo que sea, y que en cualquier caso, cuando el xenopseudoagaricus lo hizo enloquecer, apuesto que Finn, aquí presente, técnicamente no hizo más que defenderse al devolver los golpes. Así que antes que meter a Finn en una celda y abrir una fea caja de Pandora, es preferible trasladarlo sin armar follón.

—No puedo confirmar ni refutar esta interpretación de los hechos —dijo Finn.

—¿Y a qué se debe la presencia de la policía militar? —preguntó Hanson.

—Su cometido consiste en asegurarse de que subamos a bordo del *Intrepid* sin dar ningún rodeo —respondió Hester—. No quieren que pueda renovar su alijo.

Al escuchar eso, Finn puso los ojos en blanco.

—Noto cierta nota de amargura —dijo Duvall.

Por fin Hester trabó contacto visual.

—El muy cabrón escondió su alijo en mi taquilla —dijo a Duvall.

—¿Sin que usted lo supiera?

—Me dijo que eran golosinas, y que si los demás tripulantes se enteraban de que las tenía le abrirían la taquilla para cogerlas.

—Eso es exactamente lo que habría pasado —dijo Finn—. Y alegraré en mi defensa que todo estaba recubierto de azúcar.

—Ya, también dijiste que eran para tu madre —protestó Hester.

—Bueno, sí —aceptó Finn—. En eso mentí.

—Intenté hablar con el capitán y el oficial ejecutivo, pero hicieron oídos sordos —dijo Hester—. En lo que a ellos concierne yo soy su cómplice. Ni siquiera me cae bien.

—Entonces, ¿por qué accedió a guardarle las... golosinas?
—preguntó Duvall.

Hester masculló algo incomprensible y desvió la mirada.

—Lo hizo porque yo era amable con él, y porque no tiene amigos —explicó Finn.

—Por tanto se aprovechó de él —dijo Hanson.

—No me cae mal —aclaró Finn—. Y no es que quisiera meterlo en líos. No debería haberse metido en líos. Nada en el alijo es ilegal. Pero entonces el oficial ejecutivo se puso como loco e intentó recomponer mi estructura ósea.

—Quizá le hubiese convenido más investigar de forma exhaustiva su línea de productos —señaló Dahl.

—La próxima vez que consiga algo lo consultaré con usted —respondió Finn, sarcástico, antes de señalar el ventanal con la barbilla, donde vieron acercarse la lanzadera hasta el muelle de ataque—. Pero eso tendrá que esperar. Parece que ahí llega nuestro transporte.